

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

El Ermitaño.



(CONTINUACION.)

El hermano Federico, dando la espalda á la perspectiva que nosotros admirábamos, y con los ojos clavados en el suelo, dejó que por algunos minutos nos entregásemos á nuestras observaciones, y á la contemplacion de aquella magnífica escena iluminada por los rayos del sol, que declinaba ya ácia su ocaso. Viendo yo entonces que nos quedaban pocas horas del dia y ansioso por saber los sucesos del ermitaño, amigo mio, le dije, no dilates por mas tiempo satisfacer mi curiosidad: dime por qué medios te libertaste de una muerte que todos hemos tenido por segura, refiérme por qué caminos has venido á esta soledad, y cuales son los poderosos motivos que te han impulsado á sepultarte en ella, renunciando así á todos los lazos de amistad y parentesco con que te hallabas ligado, y al brillante porvenir que pudieran haberte grangeado tu reputacion, tus talentos y virtudes. No temas hablar en presencia de Lopez, del amigo que únicamente ha podido consolarme de tu pérdida; él tiene toda mi confianza y merece igualmente la tuya.—Bástame, contestó el ermitaño, que venga en tu compañía para creer que es así. Por otra parte la narracion que va á salir de mis labios por la postrera vez ninguna cosa contendrá de que yo pueda avergonzarme; desgracias, si, desventuras que el impropio lenguaje de los hombres achaca al rigor de la suerte, y solo son obra de una mano poderosa, siempre irresistible, pero tambien siempre justa. Y una vez que contra lo que yo esperaba me veo en la ocasion de referir mis desdichas, te daré esta última prueba de amistad.

Paróse en esto algunos instantes como para meditar lo que habia de decirnos y traer á la memoria los últimos sucesos de su vida, y enjugando las lágrimas que arrasaron sus ojos con un pañuelo blanco

que sacó de entre el tosco sayal que le cubria, empezó á decir de esta manera,

«Ya sabes, amigo mio, que destinado desde mis primeros años á la carrera militar habia tenido la fortuna de conseguir el aprecio de mis gefes, y ver satisfechas mis esperanzas, obteniendo el empleo de capitán, cuando mi edad no prometia méritos para tan honroso grado. El placer que causó en mi inesperta juventud esta distincion, no tan prodigada entonces todavia, se vió acibarado demasiado pronto con los acontecimientos desgraciados de mi familia. Tu recordarás que estando en Madrid me vi en la necesidad, bien contra mi gusto, de solicitar una licencia para marchar á mi casa, y tratar de poner remedio en los males que la amenazaban. Mis cartas te dejaron bien informado de las causas y fin de aquellas desazones domésticas, pero por si has olvidado alguna circunstancia, y por no hacer mi narracion enteramente incomprensible á este caballero que me escucha, renovaré á tu memoria aquello que únicamente pueda ser útil y coherente con mis posteriores sucesos.»

«El pueblo en que yo nací, y donde todos mis antepasados habian vivido á espensas de una cuantiosa hacienda que sucesivamente fué tomando un notable incremento, estaba dividido desde muy antiguo en dos partidos ó bandos, cuyas denominaciones eran tan ridículas como la causa de la desunion. Un despreciable litigio entre dos de las principales familias habia encendido en ellas el mas ciego y lamentable odio, que pasando á ser rencor, y arraigándose en los corazones de los parientes, deudos y allegados, hizo de aquella reunion de convecinos un monstruoso conjunto de dos parcialidades enemigas, tanto como pudieron serlo los Guelfos y Gibelinos en Italia, y quizá mas que los ascendientes de estos desgraciados españoles lo habian sido de los mismos árabes. Cuando el hombre una vez se ha descarriado y no hace el menor esfuerzo para volver á la razon, es peor que las mismas fieras: su enemistad y su venganza podria hacer parecer mansedumbre la feroci-

dad de los tigres y leones. Así acontecia en aquella triste ciudad, donde los compatriotas, los conciudadanos, y aun los hermanos mismos, se destrozaban en una lucha intestina, bosquejo en miniatura y funesto simulacro de las guerras civiles que asolan á las naciones. El gobierno, noticioso de semejante desorden, habia tomado en varias ocasiones providencias que por ineficaces é indiscretas no habia hecho mas que atizar el fuego. El prelado diocesano habia tambien solicitado la paz con el auxilio de la religion, enviando celosos misioneros que difundiesen la luz de la razon entre aquellos ignorantes y obcecados enemigos; pero todo en valde: el religioso que predicaba la conciliacion en un templo, ignoraba que en él nunca entraban mas que los de un partido, y que los del bando contrario no le oirian sino en otro templo diferente. ¡Qué mas! Cuando la campana de una iglesia señalando la ocultacion del sol ó la mitad de su carrera, escitaba á los fieles á saludar á la Madre del Hombre-Dios, aquellos infelices alucinados se descubrian ó no la cabeza segun era ó no era hecho en su parroquia el toque de la oracion: tal era el estado de aquel pueblo. ¡Funesto espíritu de division, que parece el último esfuerzo de las maquinaciones del inferno, y que por desgracia nuestra ejerce en la presente época su influjo fatal entre casi todos los paises del mundo conocido! «

«Llegué yo cuando habia subido de punto la enemistad de los partidos. Mi padre que no tuvo la fortuna de librarse del contagio, era por el contrario uno de los principales corifeos del suyo, porque siendo entonces todo el objeto de las disensiones los cargos municipales, y habiendosele conferido uno de los primeros, su amor propio se hallaba lisongeado, y algunos hombres malignos dominando su sencillo corazon le hacian instrumento de sus perversidades. El partido que no habia conseguido vencer en las elecciones de aquel año, meditaba en su furor reprimido la mas sangrienta venganza, y la primera erupcion del volcan fue establecer una demanda tan necia como injusta contra mi padre; éste, mal aconsejado, haciéndose Juez en causa propia, cometió imprudencias grandísimas que dieron armas á sus contrarios y causaron su total ruina. Los tribunales superiores, ó mas bien sus dependientes, se apresuraron á tomar parte en un negocio en que contendian con obstinacion hombres acaudalados, y en un embrollo de trámites judiciales alimentaban su rapacidad con el necio teson de los litigantes, y se daban tal prisa que prometian dar en tierra muy pronto con los bienes de uno y otro. En efecto, mi padre habia consumido ya las tres cuartas partes de su hacienda en pocos meses, entre multas, costas, regalos, viages, y lo que era peor en una larga enfermedad que tan continuados disgustos habian originado á mi madre, y de la cual murió al fin en el momento en que llegando yo á mi casa me arrojé á sus brazos, y recibí el último maternal beso de sus labios moribundos.

Tal fué la primera escena que se ofreció á mis ojos volviendo al seno de mi familia al cabo de tantos años, y no menos triste el aspecto que se me

presentaba á donde quiera que volvía la vista. Conociendo el mal en su origen me decidí á cortarlé en su raiz, no aspirando á menos que intentar una reconciliacion general de los partidos; y aprovechando los momentos en que el corazon de mi padre habia dado alguna entrada á la sensibilidad por la pesadumbre de la muerte de su esposa, procuré inspirarle ideas de paz y tranquilidad sin comunicarle el todo de mi designio. Dábame aliento tambien para mi plan de pacificacion el prestigio que todavia conservaba con aquellos naturales, pues además de que ellos se envanecian exagerando mis tales servicios, yo nunca habia intervenido en sus disensiones.

(Se continuará.)

A LAURA.



Triste es vivir para llorar constante,
suspirando de amores noche y dia,
triste es vivir sin plácida alegría
con el alma angustiada y delirante,

Y esperar con afan dulces momentos
que en su delirio la ilusion se crea,
y jamas conseguir lo que desea
el corazon llagado de tormentos.

Se apetece por premio á la tortura
que el pecho sufre en su mortal quebranto,
una mano que seque aciago llanto,
que mitigue su pena y su tristura.

En el dia mas plácido y sereno,
entre el ambiente de olorosas flores
el alma sufre amargos sinsabores,
que el pecho llenan de letal veneno.

No hay dicha ni ilusiones placenteras
que alhaguen los sentidos ardorosos,
se imaginan instantes venturosos,
solo se logran penas duraderas.

Infeliz del que vive de esta suerte
condenado á gemir, por premio alcanza
mirar un porvenir sin esperanza,
mas doloroso acaso que la muerte.

Y cuando el alma que padece y llora
se halla en la primavera de la vida,
y á las bellas virtudes lleva uuida
la sublime hermosura encantadora;

El tormento es mayor, el llanto amargo,
y los ayes jamas interrumpidos,
del corazon violentos los latidos,
de la imaginacion frio el letargo.

La sociedad con su fugaz encanto,
con su risa infernal é hipocresia,
del retiro la dulce melodia,
del ruiseñor el armonioso canto;

Todo causa pesar y desventura,
todo se mira con desprecio insano,
y en los jardines, y en el mundo vano,
alli la copa del dolor seapura.

Angel de paz, que para amar bajaste desde la altura del inmenso cielo, y en vez de amor indiferencia hallaste, recibe mi amistad y mi consuelo.

Sé que la herida que en tu pecho abriera la pasión mas frenética y constante es profunda, horrorosa y duradera, cual de volcan el cráter humeante.

Sé que eres infeliz, y que tu sino es llorar y sufrir amarga pena, arrastrando en tu misero destino del amargo dolor ferrea cadena;

Pero mitiga al menos tu tristura, dá entrada en tu albo pecho á la esperanza, pensando que otros dias de ventura cambien tal vez tus duelos en bonanza.

M. DE LEIVA.

Gonzalo de Albornoz.

(CONTINUACION.)

Armado ya y acompañado de Adolfo bajó precipitadamente la escalera que conducia al patio principal, en donde les esperaban veinte de los vasallos de Gonzalo... Dentro de breves momentos corrian en direccion á la casa del marques seguidos de su comitiva.

II.

Mirase una capilla ricamente alhajada: mas de cien cirios y muchas lámparas de plata arden en derredor de una hermosa virgen, y los suaves aromas que exhalan incensarios de oro embalsaman el aire, desvaneciéndose en mil vagas formas por la bóveda de la capilla. Sobre el pavimento han esparcido multitud de flores, húmedas aun del rocío de la mañana. Todo respira lujo y magnificencia, anuncio de solemne ceremonia. Era un casamiento.

Iban entrando los que debian concurrir al acto. Distinguíase entre todos á Amelia mas pura que los ensueños de un infante. Su tez estremadamente blanca contrastaba con su cabello de ébano, y sus ojos llenos de espresion, estaban entonces marchitos por el dolor. Iba ataviada con lujo, pues la sola cruz que pendia de su cuello, no se atrevieron á tasarla los mas entendidos judios: era una memoria de su madre. Resaltaba en gran manera la palidez de su rostro con el adorno de su persona. Dábale la mano el duque con ademán de triunfo; hombre necio, que conceptuaba un enlace un deber de sociedad, sin que se cuidase mucho del amor que debia reinar en los contrayentes; por lo que á pesar de saber que Amelia no pagaba sus obsequios, c rrespondiendo al elegido por su corazon, se habia aprovechado de la palabra, que su padre el ambicioso marques le empeñara, para tomarla por esposa, á lo que estaba ya próximo.

En aquel conflicto, sin saber la desdichada si su primo Adolfo habria participado á Gonzalo el dia señalado para su enlace; sin poderse entregar á la grata esperanza de ser libertada por su amante, pues la hora fatal, las cuatro, habian sonado ya en el reloj de la capilla; sucumbió á la vista de tantos objetos que la rodeaban, despedazando su corazon, y cayó en tierra sin sentido. No por eso se enterneció el duque, al contrario, lo creyó efecto de sorpresa ó de rubor. El marques la sostuvo en sus brazos.

Ya iba á empezar la ceremonia, cuando de repente se estremeció el pavimento con las pisadas de veinte guerreros que se agolparon precipitadamente en la capilla. ¡Deteneos! gritó un jóven con voz estentórea adelantandose y arrebatando á Amelia de las mismas aras del altar.—Gonzalo! exclamó ella con un grito de alegría.—Huyamos, hermosa Amelia, dijo, y se abrió paso por entre la multitud, seguido de sus soldados que protegian su fuga. Salváron finalmente el patio de la casa, y entregándose á la velocidad de sus caballos pusieron termino á su atrevida aventura.

III.

Ya comenzaba el sol á dorar las crestas de los montes sobre los cuales asienta la hermosa Carmona, como una Sultana en el divan, y en un cerco distante una media legua de dicha ciudad se eleva un castillo, cuyas torres habian insultado mas de cien veces al orgulloso sarraceno. Azotaba el viento en una de ellas el estandarte de su Señor, é interrumpian el silencio que alli reinaba los marcados pasos de algun centinela, que pasando por la muralla disipaba el fastidio entonando algun jocoso romance. Parábase repetidas veces, y fijaba su vista en la parte del Sud, como prevenido ya de que por aquel lado podrian venir gentes. De repente vió alzarse una espesa nube de polvo, oyó poco despues ruido de caballos, y por último distinguió mas de veinte guerreros que á todo escape se dirigian al castillo. Al llegar á la inmediacion del foso el que delante venia tocó una trompeta, á cuya señal bajaron con estrépito el pesado puente levadizo.

Un guerrero llevaba en la grupa á una hermosa dama desmayada: trasportáronla sus criados á una cámara cómoda en donde la recibió en sus brazos la jóven Señora del castillo. El guerrero era Adolfo, y la hermosa dama Amelia. Adolfo, el buen primo de esta no quiso abandonar á su amigo en el momento en que necesitó de su brazo, especialmente para por su mediacion, poder hacer que les franqueasen la entrada en la casa del marques y evitar se efectuase un enlace, que tal vez hubiera costado la vida á su hermosa prima ó á su querido conde. Como es de suponer, este dirigia la comitiva y contaba los minutos que tardaba en confiar su amante á los desvelos de su graciosa hermana la jóven Matilde, cual si fuesen siglos. Ya está Amelia en los brazos de aquella, y mil ósculos de benevolencia y fraternidad han sellado las mejillas de las dos jóvenes.

(Se continuará.)

CONTESTACION

DE LA PESCADORA AL BARBERO (1)

Por D. Enrique de Cisneros y Neveas.



Ya tu carta he recibido,
y á ella debo responder,
que aunque estés de amor rendido,
ni tu serás mi marido,
ni yo seré tu muger.

Nunca mi cariño espere,
si ejercitare tu oficio,
quien ser mi esposo quisiere;
tu lo confiesas, Fabricio,
y el pez por la boca muere.

Si todos me hablan de amores
al mirar mi aire resuelto,
no es extraño que me adores,
pues has dicho: *á rio revuelto
ganancia de pescadores.*

Y aunque es inutil tu afan,
esa idea es peregrina,
pues dice cierto refran
que cada hijo de Adan
lleva el ascua á su sardina.

Mas como yo á mis galanes
siempre miro con recelo
para burlar sus desmanes,
conoci tus locos planes
y no me traguè el anzuelo.

Si no quieres contener
ese amor con que batallas,
presto te haré conocer
que yo soy una muger
de muchisimas *agallas.*

De tu *red* pude escapar,
porque algo *escamada* estoy,
y bien conozco que hablar
de la fé de un hombre hoy
es como *hablar de la mar.*

No hay quien con ofertas vanas
sobre mí lograr intente
el triunfo por que te afanas;
¡no es Juana como otras Juanas
que se *van con la corriente!*

Acaso bastante arisco
hoy mi genio te parezca,
pero el que su amor me ofrezca,
como no huela á *marisco,*
no sabe lo que se pesca,

(1) Véase nuestro número anterior.

Y es hombre de poco seso
quien en mí su dicha fragua:
olvida, pues, tu embeleso,
y muda de amor, porque eso
es ahogarse en poca agua.

Pues que á tu carta respondo
nada tienes que decirme,
y ya á la cuestion doy fondo,
haciendo con mano firme
la ✖ y . redondo.

CUENTO EPIGRAMÁTICO.



—Un beso á Ines le pedí,
y aunque trabajo costó,
un beso por fin me dió:
otro despues le ecsiji,
y otro beso me otorgó.
—Con ella te casarás,
dijo su padre que entraba,
y asi mi honor vengarás.
—¿Quien? yo? ¡voto á Barrabas!
si no era á mi á quien los daba!
—¡Querer negar lo que ví!...
no se como me contengo.....
—Si, dos besos que te dí....
—¡Quia! si no son para mi,
son un encargo que tengo.

I. GARCIA A. DE L.

Ni en el número anterior ni en el presente hemos insertado revista teatral, á pesar de las novedades escénicas que se han presentado al público. En el siguiente haremos una reseña de todas estas, comprendiendo las últimas funciones de la presente temporada.

REMITIDO.

CHARADA.



Mi primera es un pronombre,
mi segunda honor me dá,
y mi tercera reprehende
al que tiene poca edad;
mi todo presta en las casas
descanso y comodidad.

A. R. D. y V.